

Arbil cede expresamente el permiso de reproducción bajo premisas de buena fe y buen fin

[Para volver a la Revista Arbil nº 97](#)

[Para volver a la tabla de información de contenido del nº 97](#)



«Antonio Millán Puelles (1921-2005) In Memoriam »

## Filósofo y Apostol

por Manuel Garrido Bonaño, O.S.B.

***El, como cristiano comprometido, hizo un apostolado fecundo con su oración, con su vida ejemplarísima y con su palabra***

Conocí a Don Antonio Millán Puelles en su venerable ancianidad. Antes lo estimé mucho como filósofo, pues desde el año 1950 soy profesor de Filosofía de los jóvenes monjes de Silos y del Valle de los Caídos, aunque nada he escrito sobre este tema. Mis publicaciones han tratado de la Liturgia, la Mariología y la Hagiografía.

Son muchos los aspectos que se podrían tratar de la Filosofía de Don Antonio. A mí el que me interesa subrayar es el de la relación de la filosofía con la fe y la teología, pues es el que más me ha interesado siempre como profesor de filosofía escolástica. Siendo él un cristiano convencido y consecuente vio desde un principio que son muy frecuentes las confusiones en torno a la cuestión de la filosofía y la fe y por eso se preocupó de precisar el sentido del problema y, por lo mismo, justificar y precisar su planteamiento. Para él la fe no es cuestión de sentimientos o de un sentimiento más. La fe, decía

acertadamente, concierne de una manera propia e inmediata al entendimiento humano. Creer y no creer son actos que sólo la facultad intelectual puede realizar. Pero esto no significa que el entendimiento verifique el acto de creer sin necesidad de ninguna ayuda y condición.

Fundándose en la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino 11-11 q. 2, a. 9, que él conocía perfectamente afirmaba que "creer es el acto del entendimiento que asiente a la verdad divina imperado por la voluntad, a la que Dios mueve mediante la gracia". Por lo mismo, es el entendimiento, no la voluntad, la que tiene la facultad de asentir o disentir ante cualquier proposición. Pero en el caso de la verdad divina, que se propone como objeto de creencia en tanto que no es evidente, el entendimiento no puede asentir de una manera espontánea, pues de esta manera sólo lo que es evidente despierta o produce nuestro asentimiento. Esto no quiere decir que el hecho de que una proposición no sea evidente signifique que sea evidente su falsedad, pues no son iguales estos conceptos: "no ser evidente que" y "ser evidente que no". Para que algo se nos proponga a título de creencia es preciso que que no sea evidente, ni como verdadero ni como falso. De ahí que el asentimiento a las verdades de fe suponga una moción o impulso de la voluntad sobre la facultad intelectual. El creer es un acto del entendimiento; pero el querer creer concierne a la voluntad, y como el objeto de esta fe trasciende de lo puramente natural, es preciso que la voluntad sea movida por Dios; lo cual ocurre, precisamente, mediante la gracia divina. Así de sencillo y así de cierto. Por esto, para él gran filósofo de fama internacional, galardonado con numerosos premios, nunca fue conflicto ser filósofo y cristiano comprometido hasta las últimas consecuencias.

En realidad, como se ha afirmado de la filosofía de Gilson y de Maritain, sólo la filosofía cristiana es la auténticamente verdadera, por la ayuda de la fe. Esto se percibe en cualquier manual de la Historia de la Filosofía, donde unos filósofos se refutan: el anterior con el siguiente y así sucesivamente. Don Antonio lo conoció bien. Por eso pudo escribir: "En el creyente, la fe -o mejor dicho la proposición revelada- vale como una "norma negativa" con relación a la filosofía. Desde un punto de vista "positivo", la fe y la revelación no son, para la filosofía, norma alguna. O dicho de otra manera: la verdad de las proposiciones reveladas invalida las proposiciones filosóficas que la contradicen, pero no prueba, ni aun para el creyente, que sean verdaderas las que no están en contradicción con ella. Pero, aunque la revelación no sea para la filosofía más que una norma negativa, es también, sin embargo, como un "estímulo", algo positivo para para el filosofar. Muchas cuestiones y enseñanzas filosóficas han sido, de hecho, posibles por la presión de la fe en la especulación de los creyentes, porque si la ocasión fue realmente un dato revelado, el tratamiento de ellas tuvo un carácter netamente filosófico. Y es éste un hecho tan notorio y claro en la historia no ya de la filosofía, sino aun de la cultura en general, que su ignorancia por quienes se dedican a estos temas tiene una explicación sumamente difícil y embarazosa".

Con razón se ha dicho que la filosofía es una sierva de la teología en cuanto que es movida por la fe para la obtención de las conclusiones teológicas. De aquí que Don Antonio enseñara que "En este servicio la filosofía queda eminentemente ennoblecida y la razón se instala en un horizonte al que por sí sola no podría llegar. Lo cual no significa -como con harta suspicacia se pretende- que el creyente elabore una filosofía tendenciosa, preconcebida por la teología. Por el contrario, para esta última, la filosofía más idónea es la que intrínseca y naturalmente cumple mejor su oficio, ya que lo que el teólogo pretende no es demostrar la revelación, sino extraer de ella todas sus posibles

consecuencias". En definitiva entre la razón y la fe no puede haber contradicción, pues es Dios el autor de ambas.

Ante un filósofo de esta talla es fácil ver el gran apostolado que Don Antonio ejerció durante su larga andadura de profesor. Sólo Dios puede conocer el gran mérito de Don Antonio en este sentido. Pero, además, él, como cristiano comprometido, hizo un apostolado fecundo con su oración, con su vida ejemplarísima y con su palabra. Todo cristiano tiene el deber de extender el Reino de Jesucristo en la medida de sus posibilidades. En Don Antonio esto se acrecienta por pertenecer al Opus Dei, en el que su Fundador, San Josemaría Escrivá, alentó a esto constantemente con su palabra y con sus escritos, de tal modo, que parece difícil pertenecer a esta entidad y no ser verdaderamente un apóstol.

Pero yo tengo una deuda de gratitud con Don Antonio. El intervino brillantemente en la presentación de la quinta edición de mi libro "Francisco Franco, cristiano ejemplar" y tuvo para el libro y para su autor palabras amabilísimas. Don Antonio manifestó varias veces durante su vida la gran admiración que él sentía por la persona del Generalísimo Franco y su obra magnífica en múltiples aspectos. Así lo manifestó con su palabra y con sus escritos, como el de "Razón Española" con el título "Mi gratitud a Franco" en el que dice que "responde exclusivamente a lo que entiendo que es un puro y simple deber de elemental justicia.

- ••• -••• •••-

Manuel Garrido Bonaño, O.S.B.



VII Congreso Católicos y Vida Pública  
«Llamados a la Libertad»